



© Mariano Martín Rodríguez

# Un cuento apocalíptico de Camille Mauclair

*TRADUCCIÓN E INTRODUCCIÓN DE MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ*

Entre las películas sobre el fin del mundo por causas cósmicas, hay pocas tan radicales como *Melancholia* (2011) de Lars von Trier. La inmensa mayoría de la cinematografía de este género, especialmente la de índole más comercial, prefiere eludir el cataclismo en el último momento, como en *Armageddon* (1998) de Michael Bay y su meteorito heroicamente desviado de su trayectoria hacia la colisión con nuestro planeta, mientras que en otras se produce la catástrofe, pero los protagonistas encuentran refugio en algún lugar recóndito de la Tierra, como en *Greenland* (2020) de Ric Roman Waugh, o de otro planeta, como en la comedia negra *Don't Look Up* (2021) de Adam McKay. En cambio, Von Trier no prevé salvación alguna para nadie, como resulta lógicamente más creíble cuando un planeta

errante como el del título de su película choca con el nuestro. Un acontecimiento tal es de una magnitud que excluye cualquier posibilidad de actuación heroica por los seres humanos, al menos mientras sean incapaces de trasladarse a planetas potencialmente habitables, si es que alguna vez cuentan con los medios para hacerlo. Por eso, la película danesa es en realidad mucho más fictocientífica que las otras americanas arriba recordadas. Su realismo científico se extiende a los comportamientos de sus personajes, confrontados con el próximo e ineludible terminación de sus vidas junto con su planeta. La película muestra reacciones diversas ante esa perspectiva, entre las cuales destaca la de Claire, una mujer que sufre depresión y que, por ello, no ve tan trágico ni su muerte propia, ni la del resto de seres vivos de la Tierra.

Este planteamiento parece excepcional en su género, pero no lo es tanto si volvemos la mirada hacia la época dorada de la ficción apocalíptica literaria, que cabe situar en los decenios en torno a 1900, cuando la generalizada impresión de declive moral y cultural que abundaba entre los intelectuales occidentales, y que permite considerar esa época como la de la Decadencia, propició la escritura de numerosas anticipaciones del fin del mundo o, al menos, de la civilización humana en la Tierra por causas naturales, de acuerdo con una mentalidad secular que había dejado atrás, en general, los mitos apocalípticos del cristianismo y abrazado una cosmovisión científica del universo. Esta determina que, tomándose en serio aquellas causas naturales, no cabía imaginar supervivencia alguna del cataclismo planetario, por lo que este solía ser definitivo para la humanidad, tanto si el fin se producía gradual o súbitamente. En el primer caso, se solían describir situaciones de degradación entrópica de las condiciones de vida, cuya consecuencia final sería la congelación completa de nuestro planeta, como en el poema «Futuro» (1899; *Ritos*, 1914) de Guillermo Valencia (1873-1943), o del planeta y del universo entero, como en «Veşnicia» [*La eternidad*] (*Mentalia*, 1908) de Theodor Cornel (Toma Dumitriu, 1876-1912), o bien otras catástrofes como la desecación, como en la breve novela *La mort de la Terre* [*La muerte de la Tierra*] (1910) de J.-H. Rosny aîné (Joseph Henri Honoré Boex, 1856-1940). De ser súbita, la causa solía ser la colisión con otro cuerpo celeste, por ejemplo, la Luna precipitada sobre la Tierra en «La fin du monde» [El fin del mundo] (1894) de Edmond Haraucourt (1856-1941), cuya estructura parece seguir un modelo algo anterior. Este posible modelo

es un cuento de Camille Mauclair (Camille Faust, 1872-1945) titulado «La Peur bleue» [*El Pavor Azul*], que el autor no recogió en volumen tras su publicación en 1892 en una revista francorrusa<sup>1</sup>.

En ambas narraciones, la focalización es primero colectiva, al mostrarse las reacciones públicas ante las declaraciones hechas por astrónomos y fundadas en cálculos matemáticos irrefutables en el sentido de que la Tierra sería destruida en un plazo fijo por su choque con su gran satélite natural, en la narración de Haraucourt, y con un astro llameante de color azul en la de Mauclair. Esa focalización se centra en un individuo una vez que se acerca la fecha prevista de la colisión. En «La fin du monde», el protagonista es un pintor que intenta plasmar en el lienzo los extraordinarios colores que confiere a la naturaleza el choque inminente. En «La Peur bleue», se trata de un adolescente pobre y enfermo que, moribundo ya, fallece consolado por la coincidencia de su deceso con el del mundo. Aunque ambos personajes encaran la muerte con la tranquilidad sobrehumana que les confiere la excepcionalidad de sus circunstancias y emociones, el joven de Mauclair anuncia en mayor medida el tenor del personaje de Claire en *Melancholia*, pues su sufrimiento, aunque sea físico mucho más que psicológico, le hace contemplar el astro cataclísmico con serenidad y hasta con expectante simpatía, pues su aproximación coincide con el agravamiento inexorable de su enfermedad, y su belleza azul la percibe como un símbolo de la muerte liberadora. Es más, las líneas finales de «La Peur bleue» terminan el bello soliloquio del niño con una expresión sublime de la fusión del yo y del mundo, pues su destino común le hace sentir que su vida propia contiene la vida entera

<sup>1</sup> La traducción que sigue se basa en el texto de esta publicación: Camille Mauclair, «La Peur bleue», *La Grande Revue. Paris et Saint-Petersbourg*, 5, 4 (1892), pp. 44-48.

de todos, que la vida universal es su posesión y que se la llevará consigo al reino de la noche de la muerte. El astro azul reviste entonces para él un significado que lo torna en un ser privilegiado, cuyo doliente declive corporal se muta en ascenso emocional y estético hacia la aceptación perfecta de la belleza del fin, en profundo contraste con la actitud de su prójimo.

Tras haber adoptado comportamientos variamente irracionales tras conocer la noticia del apocalipsis, el miedo cerval<sup>2</sup> de las multitudes se manifiesta en forma de protestas inútiles ante la luz que baña y transfigura el planeta condenado mediante sus resplandores azulados, como símbolo de pureza y pacificación, según declara la voz narrativa, como si el destino apocalíptico fuera algo merecido por la raza humana, cosa que también puede que sugiriera Von Trier en *Melancholia*, a juzgar por los comportamientos más bien mezquinos o, al menos, tan triviales que no hacen honor a la

raza humana, de sus personajes en los días y momentos finales. Claire misma aparece a menudo como una persona detestable. Nadie en la película de aquel director danés suscita un sentimiento tan intenso y conmovedor como el protagonista de «La Peur bleue», cuyo estilo contribuye a crear una atmósfera de lirismo que compensa el deprimente espectáculo de la imperfección humana mediante la mostración de la posibilidad real de la realización personal hasta el éxtasis, tal y como lo vive, al morir, el adolescente de Mauclair. Pero tal vez sería pedir peras al olmo, o sea, esperar que el arte cinematográfico, con sus imágenes que dicen que valen por mil palabras, pueda rivalizar con la literatura en sugerir mediante el lenguaje, de forma que una palabra evoca mil imágenes, tal y como demuestra ese astro azul que ninguna imagen física podría mostrar con la belleza y el sentido que se desprende de su plasmación textual en «La Peur bleue».

---

<sup>2</sup> La expresión francesa *peur bleue* equivale a la española de *miedo cerval*. Existe, pues, en el original un juego de palabras que se pierde en la traducción, pero se trata de algo muy secundario. Lo importante es que no se pierde lo sublime de la imaginación del astro azul, un color que se solía identificar con la poesía en la época del Simbolismo.

CAMILLE MAUCLAIR

## El Pavor Azul

Esa mañana, bajo un sol espléndido, las calles de las ciudades se llenaron de hombres cuyas manos temblorosas agitaban el ejemplar más reciente de la *Revista Astronómica* y cuyos labios balbuceantes releían estas últimas y terribles líneas:

«Ya nadie puede albergar dudas. Una estrella, desviada de su órbita por una influencia inexplicable, modifica su gravitación siguiendo una elipse que coincide matemáticamente con el orbe terrestre, y la colisión definitiva, en la que nuestro planeta será quemado por la llamarada de gases, se producirá exactamente (los cálculos son infalibles) dentro de dos años, tres meses y seis días, a las dos y cuarenta y siete de la mañana. Huelgan los comentarios.»

Muchos caminaban silenciosamente por las encrucijadas; luego sollozaban lanzando agudos chillidos, mientras miraban jugar a los niños. Otros arrojaban los pliegos y los trituraban con los pies, y otros alzaban los brazos y hacían en dirección al firmamento el gesto de detener los

astros. Otros más agarraban convulsivamente a sus vecinos y los abrazaban llorando. También se vio a gente subirse a los pedestales de las estatuas y ordenar el arrodillamiento universal; la demencia les desorbitaba los ojos, pero la locura y la razón iban a ser lo mismo ante el Fin, y todos, al parar mientes en sí mismos, veían que sus propias miradas eran semejantes a las de aquellos, y que todos los rostros tenían el color de la ceniza. Ya no hubo más trajín en la sombra de las bodegas, ni espaldas curvadas al sol; nadie permaneció en su casa, sino que todos salieron y el trabajo se detuvo. Y, hasta ponerse el sol, las lamentaciones de las mujeres entonaron un himno febril al terror, en las ciudades y en los campos, porque el mundo iba a acabarse por la llegada llameante de una estrella. Así transcurrió el primer día.

\*\*\*

La aurora siguiente fue admirable. Irradió el cielo de púrpuras tumultuosas, de dorados fabulosos y de azules lúcidos. Pero no despuntó en los ojos y en las almas. Nadie había dormido y grandes escalofríos helaban las caras y empañaban las pupilas, hasta tal punto había arraigado celosamente en los ánimos la convicción de lo irremediable. Nadie dudó, nadie osó concebir que los cálculos fueran erróneos y que una esperanza pudiera lógicamente subsistir. La serie inaudita de prodigios matemáticos que, desde hacía largos siglos, había renovado la Vida, encadenado las fuerzas naturales y glorificado el pensamiento, descartaba todo fallo en ese supremo y espantoso triunfo del conocimiento exacto del hundimiento terrestre. La vida latió y enloqueció, las ciudades se estremecieron como si tuvieran un solo corazón: ya no hubo ni una sola línea impresa que no trazara un nuevo aserto, y la asombrosa facultad lógica que los tiempos habían desarrollado en las mentes hizo resplandecer con letras de fuego, en el secreto de las almas más humildes, la nueva e ineluctable verdad. Las ecuaciones repetidas una y mil veces en los cerebros en efervescencia, los dedos crispados sobre las hojas en todas las celdas de los sabios se tradujeron en una y mil fórmulas idénticas, los simples y fatídicos detalles, la causa, la gravitación del astro, el punto exacto de la órbita y la hora del choque, y los minutos, y esos espantosos segundos. Numerosos rostros pesarosos descansaron en manos palidecidas, numerosos labios se apretaron ante esos pocos signos negros, implacablemente alineados, en que se descubría, indiferente como el orden y el ritmo eterno, la revelación del último fenómeno de que el hombre tendría conciencia. Los días siguientes difundieron entre la multitud ansiosa las invariables y monótonas fórmulas, repetidas con desesperación, ante las cuales los sabios habrían deseado renegar de su ciencia y volver

a ser unos brutos. Entonces prosiguió la vida febril, se exasperó hacia una intensidad suprema en que quedaron abolidos todos los prejuicios. La grande y furiosa alegría de vivir se cernió sobre los ánimos y todos los refinamientos fueron amados y glorificados.

Fueron escasos los seres que se humillaron en las iglesias a los pies de un Dios muerto; no se los seguía, sino que los hombros se alzaban a su paso. Iban a gozar, en la sombra húmeda de las naves sagradas, esas tinieblas definitivas en que se sumirían como los demás seres, los animales y los objetos. Pero, librada de la inquietud por el porvenir, la multitud sembró de rosas el camino de su nada y, confiándose al delirio, gritó hacia el olvido, en un desafío lanzado al abismo por su orgullosa cólera, y transcurrieron meses que, en ese rebrote de intensidad, fiebre y vida libre, vieron apaciguarse el movimiento enorme de un mundo condenado.

Una noche, mientras se levantaban los rostros hacia el cielo y el lucero solitario de Venus en las terrazas de las ciudades, un punto luminoso surgió en el firmamento, se agrandó, flameó y triunfó en el éter como una vibración de color zafiro. Era la Causa.

Y las noches siguientes, insensiblemente, inexorablemente, las pupilas humanas reflejaron un astro más espléndido y las almas conocieron una claridad más extraña.

\*\*\*

Durante muchas más noches aún, la estrella ganó en magnificencia. Los ojos de las mujeres la amaban como una joya. Brillaba como un solecito en el firmamento nocturno y, tras la exaltación del principio, pese a la decisión universal de acabar en medio de una plenitud de sensaciones y en el extremo triunfo del ser, sueños sombríos flotaron con sus grandes

tinieblas sobre las conciencias; la idea del orden de las cosas quedó aniquilada y muchos se mataron unos a otros, ricos y pobres, en varios países, por libertades cuya idea misma iba a perecer. Se mataron unos a otros bajo la alta ironía de la estrella final.

Hacía tiempo que había eclipsado a los demás astros y llegó una noche en que hizo palidecer la triste luna y triunfó en el cielo. La gente vivía como antes, sujeta a la fuerza de la costumbre y al áspero deseo de llegar hasta el término de su stirpe, pero veían crecer el enemigo azul.

Hubo locos que subieron a las alturas para verlo mejor y lo insultaban gesticulando, riéndose largamente. Aumentaba su belleza luminosa; bogaba como una galera de turquesa en la marea de nubecitas argentinas. Se acercaba fatalmente con la eterna serenidad de los fenómenos. En este extraño nacimiento celeste, la atmósfera se fue modificando con lentitud y se tiñó de un azul vaporoso y desconocido. Cada noche se volvía el éter más fluido y delicioso. Y desde el día en que la estrella resplandeciente irradió junto al sol, un matiz indefinible y exquisito de turquesa y de lapislázuli impregnó la luz y la penumbra, y bañó los rostros despavoridos. Los reflejos se descompusieron, todo se llenó de un fulgor inesperado. Se embelleció el decorado de la inmensa naturaleza y se purificó en las claridades zafirinas, que apasionaron a pintores, quienes trabajaban inconscientes del final cercano. Un encanto misterioso divinizó la naturaleza inerte. Y todos supieron que este mundo atormentado y terrible debía volatilizarse, destino singular y símbolo sublime, en la pureza apaciguadora del firmamento.

Sin embargo, el esfuerzo de las conciencias se quebró ante esta ironía celeste y, según se acercaba la fecha, y según los días se añadían a los días y las noches a las noches, exasperaba

a todos ese azul de fiestas y de sueños en que iba a consumarse la espantosa aniquilación. Y, mientras todas las magias y los destellos del color divino brillaban a raudales de la mayor pureza sobre las ciudades y los campos, el alma de las multitudes angustiadas se sublevó y gruñó ante la enigmática luz, ante el implacable y adorable fantasma del Pavor Azul.

\*\*\*

En una ciudad, un joven extenuado meditaba, pálido y pensativo, asomado a su ventana.

Consumido por una enfermedad incurable y sintiendo cada día cómo su endeble corazón se agitaba en su pecho como un pájaro herido, se había debilitado tanto que ya no podía abandonar la morada en que su madre lloraba antaño a su cabecera. Y, desde la asombrosa noticia, se sentía más tranquilo y pensaba:

«No llegaré —se decía— hasta el fin mismo de este mundo, porque siento y sé que mi corazón dejará de latir antes que el corazón de esta tierra, antes que el tenebroso corazón que ritma y armoniza con sus latidos el estremecimiento de los mares y de todas las cosas vivas. Siento que mis ojos contemplarán todavía esa estrella, pero que su llama suprema no los quemará y no desecará su húmedo brillo, porque ya estarán empañados y desecados por la muerte. Por eso no me conmueve en absoluto este inminente cataclismo y saborearé su horrible esplendor hasta el umbral mismo de lo desconocido».

Contemplaba cada noche el astro con ojos hinchados por la fiebre. Y disfrutaba de ese azul, cuyos tintes se fundían infinitamente en gamas deliciosas y serenas sobre el terror creciente de los hombres. Una magnificencia desconocida hermoseaba sus noches. La estrella

azul esplendía en el cielo, ahora enorme y con un resplandor indecible, pero de un brillo suave y velado por los inmensos éteres de zafiro que lo tamizaban en el horizonte. El alma del joven enfermo se exaltaba.

«Está mal quizás —pensaba— que encante mi débil sueño y mis ensueños esta luz que pronto, azote inexorable, quemará todo lo que vive y se estremece en el momento presente, pero es dulce sentir que todo va a acabar y que por fin no hablaremos más de nada. Tal vez soy el único que goza de este reposo, pues todos tienen miedo y gritan bajo la ironía de esta matanza en lo azul, pero ¡qué hermosa es esta estrella, y cuánto la quiero, no teniendo motivos para temerla! Antes de que lo aplaste todo aquí, estaré muerto; al menos me hechizará hasta mi último parpadeo».

Mientras tanto corría el tiempo y, en las brumas deliciosas en que agonizaba el mundo, la estrella enorme, al invadir el firmamento, destronaba al Sol, lo empañaba y llameaba. Ya no había ni noches ni días. Como en el fondo de esos mares extrañamente profundos en los que penetran, tornasolan y se irisan los arcoíris, fulgores de suave turquesa bañaban los seres y las cosas, y la espantosa estrella se agrandaba implacablemente. Su orbe inmenso hacía arder el firmamento con suntuosos triunfos de llamas

azuladas. Un silencio enorme se extendía sobre la tierra y en el espacio. Aunque las condiciones vitales no se habían modificado aún, la vida se había detenido...

El joven soñador se sintió más débil y supo que iba a morir.

«Soy la criatura más serena de entre mis semejantes —se dijo a sí mismo—, y soy el único ser humano cuya agonía haya sido iluminada por claridades tan incomparables. También soy el único moribundo cuyo descenso a las tinieblas preludia el hundimiento universal; esta alegría inaudita la habré conocido. La naturaleza, indiferente a todos, me ha sido misericordiosa; ha nimbado mi descanso futuro de un azul exquisito, hace perecer todo conmigo y me duerme de serenidad, encantando mi último sueño con la desaparición de un mundo. ¡Cuánto he amado, como mis ojos pálidos, a esta estrella! Me parece que contenía yo la vida entera, que soy la vida entera y que me la llevo soberanamente conmigo a un reino de la noche».

Y se fue, sonriente como un joven rey. El sueño definitivo esparció sobre su exilio sus sombras arrulladoras. Y el febril corazón del mundo palpitó bajo la hermosa mano del Pavor Azul.